

# EL COBARDE MÁS VALIENTE

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

MARTÍN PELÁEZ.  
PAYO PELÁEZ.  
BOTIJA, lacayo.  
EL REY.  
BERMUDO.  
NUÑO.  
EL CID.

ALVAR FÁÑEZ.  
SANCHA.  
MUZA.  
ABENAMAR.  
ALVARO, criado.  
EL REY MORO (2).

## JORNADA PRIMERA

### ESCENA PRIMERA

Salen MARTÍN PELÁEZ, PAYO PELÁEZ, ALVARO, criado y BOTIJA, villano.

PAYO. ¿Hasta cuándo pretendías afrentar nuestras montañas, pues al sol de otras hazañas lucen en ti valentías?  
¿Tú eres mi hijo? No aguardes que te dé tal nombre aquí, que no han de llamarme á mi padre de hijos cobardes. Tienes fuerzas superiores al más robusto león, y siempre tus hechos son regalos, gustos y amores. Cuando gano para ti, labrando el campo, sustento, marcha tú al campo sangriento por blasones para mí.  
¿No ves que parece mal un necio entre hombres discretos, entre avarientos, sujetos

al oro, el que es liberal? Pues ¿qué pretendes, Martín, entre montañeses fieros, tan nobles como guerreros? Vete con Nuño y Lain, tus primos, que con tu tío el Cid, su fama acreditan, cuyas hazañas incitan á un mármol helado y frío.

MARTÍN. Yo no estoy acostumbrado á ver paveses y cotas.  
PAYO. Pues ¿á qué?  
MARTÍN. A buscar bellotas.  
PAYO. Principio tiene el soldado. El Cid te dará valor.  
BOTIJA. ¿Y si no quiere tomallo?  
PAYO. Traelde luego el caballo y las corazas. (Va Alvaro por ellas.)

### ESCENA II

DICHOS, menos ALVARO.

MARTÍN. Señor,  
¿quieres que me maten luego?  
BOTIJA. Lástima le tengo al pobre, que cuando fuerza le sobre á verle cobarde llevo.

(1) Intervienen además: ORDUÑO, LIDORO; PEDRO BERMÚDEZ, AMETE, GALÍN, MOROS.  
(2) Es el mismo que ABENAMAR.

PAYO. ¿En los demás no es igual el peligro de la vida?  
MARTÍN. Padre, y ¿después de perdida?  
BOTIJA. ¡No ha preguntado muy mal el mozo!  
PAYO. Siendo por Dios y por su rey, no se pierde.  
BOTIJA. Pues yo he visto, Dios me acuerde, y aun sois buen testigo vos, á un ciento y más de soldados cantalles *requiem amén*.  
MARTÍN. Dice Botija muy bien.  
PAYO. Pues iréis acompañados los dos.  
BOTIJA. Ya cantó el cuquillo por mí. ¿En qué pequé, señor, que no conozco á Almanzor sino es para servillo?  
PAYO. Allá le conoceréis cuando con Martín salgáis al campo.  
MARTÍN. En poco estimáis á un hijo.  
PAYO. Bien lo sabéis. La guerra os despertará adonde echaréis de ver que en ella os puedo querer cuando os aborrezco acá.  
BOTIJA. ¿Qué ha de echar de ver, señor? Eso al amor contradice, que el santo Evangelio dice que nos tengamos amor. Nuestro Señor Jesucristo dice también en su historia.... Yo tengo linda memoria.  
PAYO. ¿Qué dice?  
BOTIJA. Pues ¿no lo ha visto? Que el que el peligro buscare muera muerte supetaña.  
PAYO. ¡Hay simpleza más extraña! De quien el alma arriesgare, habla Dios, del cuerpo no, cuando por él se aventura la vida.  
BOTIJA. Mucho me apura. Como me quedara yo, diera por buena la ida.

### ESCENA III

Sale ALVARO con las armas.—DICHOS.

ALVARO. Las armas están aquí.  
PAYO. ¿Trajiste el caballo?  
ALVARO. Si.  
BOTIJA. ¿Y alforjas? Que sin comida no alzaré los pies del suelo.  
PAYO. Este arnés has de llevar, hijo; procúrale honrar, que fué de Sancho, tu agüelo.  
BOTIJA. Mucho estas casacas pesan.  
PAYO. ¿No hablas? ¿no me respondes?  
MARTÍN. No, porque en el pecho escondes las crueldades que profesan las fieras; no soy tan ciego que no vea que me han dado carga, con que el moro osado,

lidiando, me alcance luego. Menos pesado es mejor, pues mi padre me destierra, así partiré á la guerra.  
PAYO. Y si muestra más valor el moro, y llega á las manos, sin armas te ha de herir.  
BOTIJA. Ahí entra bien el huir.  
PAYO. Son consejos de villanos los tuyos.  
BOTIJA. Lo que yo hiciera digo no más, que mi amo, cuando corra como un gamo será todo.

PAYO. Considera, si de quien eres no das muestra, como buen soldado...  
BOTIJA. Sí dará, que es hombre honrado.  
PAYO. Que no has de verme jamás. Caballo y armas te doy, que es de los nobles la herencia.  
MARTÍN. ¿Tan presto vuestra presencia me negáis?  
PAYO. Llorando voy, que es hijo al fin.

MARTÍN. ¡Ah, señor! ¿Cómo sin echarme os vais la bendición?  
PAYO. ¿Lloráis, Martín? Yo tengo temor de su vida. ¡Ay, hijo mío! Mas ¿qué digo? Vaya y muera antes que afrentarme quiera. Al Cid, mi primo, os envío; hijo, imitaréisle vos, pues hay tanta obligación, y alcánceos mi bendición, y alcánceos mi bendición, buen Martín, con la de Dios.  
BOTIJA. Echeme también á mi su bendición, y veremos cuál entre los dos extremos vuelve primero.

PAYO. Si en ti vive de Sancha el amor, como la fama pregona, ya ves que es otra amazona en hermosura y valor y ha de buscar, cuando quiera rendirse al yugo amoroso, al marido valeroso. La guerra, Martín, te espera: haz en ella alguna hazaña por amante y por soldado, que después, volviendo honrado, te dará nuestra montaña infinitos parabienes en los brazos de tu esposa.  
MARTÍN. Fortuna menos dichosa es la que aquí me previenes. Si mi tierno amor conoces, ¿por qué te quitas, señor, que en prendas de tanto amor regalados nietos goces? Permite que Sancha sea mi esposa, y mándeme luego que donde trocado en fuego el sol su carro posea,



viva entre bárbaros viles  
ó adonde sauces y chopos  
la borda cuajada en copos  
hilos de nieve sutiles.  
¡Valientes fueron los godos,  
su nombre á los siglos dieron,  
espanto á Italia pusieron,  
mas no pelearon todos!  
Yo, que bien lo sabéis vos,  
entre la paz me gobierno,  
porque soy...

BOTIJA. ¡Bobo es mi yerno!  
Es un ánima de Dios.  
Por no matar un cochino  
lo dejará de comer.

PAYO. Mi voluntad se ha de hacer;  
ese es, Martín, el camino.  
Si os es la guerra molesta  
y os volvéis, quiero advertiros  
que saldrán á recibiros  
las garras de una ballesta. (Vase.)

## ESCENA IV

DICHOS, MENOS PAYO PELÁEZ.

BOTIJA. Ea, cerróse de campiña:  
¡No nos echara á la tarde  
y no en ayunas! Aguarde.  
¿Quién es?

ALVARO. ¿Cuándo se aliña  
jornada entre hombres cristianos  
sin tocar de la dispensa?

BOTIJA. Payo, mi señor, ¿qué piensa?  
¿Somos cuerpos soberanos?  
Los pueblos por donde has de ir  
que han de regalarte espero.

ALVARO. Pues mientras llevo al primero  
me puedo, hermano, morir;  
hagamos la alforja yo y tú.

BOTIJA. ¿Tú no ves que no hay lugar?  
Adiós.

ALVARO. Tráguete la mar,  
criado de Belcebú.  
Fálteos, plegue á San Millán,  
en poblado y en camino  
casi el agua, todo el vino,  
la carne os falte y el pan.  
Parece esta maldición  
que me la han echado á mí.

MARTÍN. Amigo, vamos de aquí.  
BOTIJA. Pidiendo están confesión  
mis tripas.

MARTÍN. No hay cosa alguna  
en nuestra humana opinión  
que no tema con razón  
vaivenes de la fortuna.  
Perderé á manos del moro  
sin saberme defender  
la vida, para perder  
con tiempo el fuego que adoro.

BOTIJA. Por lo que dices de fuego,  
tu Sancha viene hacia acá  
pisando hongos.

MARTÍN. Será  
burla.

BOTIJA. Pues, ¿soy yo ciego?

MARTÍN. Pues di que brotando vienen,  
sus bellas plantas hermosas  
muchos claveles y rosas.

BOTIJA. ¿No hay otras hierbas que tienen  
virtud para una ensalada?  
Cuanto pisa una mujer  
luego dicen que ha de ser  
ya la violeta morada,  
lirio azul, blanco jazmín,  
bello adorno del verano,  
haciendo que sea hortelano  
el cordobán del botín.

## ESCENA V

Sale SANCHA.—DICHOS.

SANCHA. Martín: qué, por olvidarme,  
¿te vas á la guerra?

MARTÍN. Así  
tuviera piedad de mi  
quien de ti quiere apartarme.  
Como la mayor belleza  
que en nuestro suelo español,  
sirviendo de espejo al sol  
formó la naturaleza  
tuviera celos de ti  
cuando mi amor procurara,  
pues sabes que le negara  
el corazón que te di.

Y porque no te parezca  
lisonja, cuando mis labios  
haciéndole al sol agravios  
lo que él matiza te ofrezca,  
pregunta en tu pecho hermoso  
al alma que te ofrecí.

Si parto, Sancha, sin mí,  
antes puedo estar quejoso  
de que presa en tu poder,  
mi alma á la tuya asida,  
me den tus ojos la vida  
para venirme á perder;  
pues, si habiéndome robado  
el alma, muerto quedara,  
mi padre no me ausentara  
del sol que miro eclipsado.

SANCHA. Y muerto, ¿qué habías de hacer  
en mis manos rigurosas?

MARTÍN. El sol, padre de las cosas,  
tiene divino poder  
para dar vida á las plantas,  
y yo, como planta nueva  
que á tus bellas luces prueba  
el ser á que me levantas,  
pudiera, Sancha, decir,  
muerto en Fénix amoroso,  
que era tu tema dichoso  
que nace para morir.

SANCHA. ¡Oh, qué bien te has prevenido  
de que lisonjas no son!

MARTÍN. Verdades del corazón,  
¿cuándo lisonjas han sido?

SANCHA. No te he visto tan discreto,  
ó por decirlo mejor,  
tan amoroso pintor.

MARTÍN. Voy en tu ausencia sujeto  
á la muerte, y como suele

muriendo el cisne cantar,  
quise agora celebrar  
la mía.

BOTIJA. ¡Mucho nos muele!  
Señora Sancha, si gusta,  
véngase su poco á poco.

MARTÍN. Ya das de pesado en loco.  
BOTIJA. Pues una mujer robusta  
no vendrá contando cuentos  
á la sombra del rocín.

SANCHA. Como gustara Martín,  
no me faltaran alientos  
para seguir á un soldado.

MARTÍN. ¡Que tal diga una mujer!  
SANCHA. Para poderte volver  
el alma que tú me has dado  
te quisiera acompañar,  
que mal llevará la palma  
quien va á pelear sin alma.

BOTIJA. Para eso ¿hay más que sacar  
del purgatorio un par dellas?  
Quédeme yo acá rezando  
y se las irá enviando.

MARTÍN. Tu amor te ha hecho importuna:  
darás ocasión que diga  
el Cid que llevo á la guerra  
afeminado el valor,  
cuando entre espanto y rigor  
pienso matizar la tierra  
con sangre morisca.

BOTIJA. Aquí  
sin haber sido escolar  
hay quien comienza á dudar  
de lo que has dicho.

MARTÍN. ¡De mil  
¿no sabes que á matar voy  
mil moros?

SANCHA. ¿Quién lo dudaba?  
BOTIJA. Es verdad, no me acordaba,  
MARTÍN. Rayo de los moros soy.  
BOTIJA. ¡Bien la medida le hinchas!  
MARTÍN. Pienso matar, Sancha mía,  
diez mil moros en un día.

BOTIJA. Muchos son, aunque sean chinchas.  
MARTÍN. ¿Qué dices?

BOTIJA. Que yo también  
de un golpe, y tú lo verás,  
he de matar muchos más  
como me los pongan bien.  
¡De un golpe solo!

SANCHA. ¿No basta?  
BOTIJA. ¿Cómo?

BOTIJA. Desta manera:  
voilos poniendo en hilera  
como si fueran de pasta,  
y con más fuerza que un toro,  
dándole con un garrote  
al primero en el cogote  
topa en el segundo moro;  
luego el tercero, sintiendo  
el garrotazo que di,  
cae sobre el cuarto, y así  
van topando y van cayendo.  
¿Hay quien esto no le cuadre?  
Ésto es juntos y apretados,  
que si esperan apartados  
venga á matarlos mi madre.

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

SANCHA. Mira que dicen que tiene  
Burgos, donde agora vas...

MARTÍN. Pienso que celosa estás.  
SANCHA. Eso mi amor te previene;  
si alguna mujer tocases  
que no te abrasas te digo.  
Buen remedio.

BOTIJA. Dile, amigo.  
SANCHA. No hablar en caniculares.

BOTIJA. Primero verás arder  
las aguas, el aire, el fuego,  
y al sol de la lumbre ciego  
precipitado caer,  
y todo nuestro horizonte  
sin las que á tu sol reservo,  
vivir en el mar un ciervo  
y un delfín en ese monte  
que yo te olvide jamás.

SANCHA. Primero que yo te olvide,  
el tiempo, que el tiempo mide,  
le verás volver atrás.

BOTIJA. Primero verás volver  
una lechuza que yo.

MARTÍN. Quien de tu luz me apartó  
no me concede lugar  
para que más me detenga.  
Dame tus brazos, y adiós.

BOTIJA. ¿Para abrazarse los dos  
es menester tanta arenga?

SANCHA. ¿Tantos rigores conmigo?  
MARTÍN. Sancha: adiós.

SANCHA. Adiós, Martín.  
BOTIJA. Aliñemos el rocín,  
que mañana yo me obligo  
que estas hembras tengan dueño  
que un galápago soldado  
no ha de faltar.

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

MARTÍN. Yo he quedado  
como el que en profundo sueño  
en dulces glorias gozaba  
teniendo aquel bien por cierto;  
pero, viéndome despierto,  
echo de ver que soñaba.  
(Vanse Martín y Botija.)

Salen el REY y BERMUDO por una parte, y el CID,  
NUÑO LAÍNEZ, PEDRO BERMÚDEZ y ORDOÑO por otra,  
y acompañamiento.

REY. ¿Para ver á un rey salís  
de tantos hombres armado?

CID. Señor: hanme acompañado,



si la verdad advertís,  
aunque es gran dificultad  
que adonde llega primero  
la voz de algún lisonjero  
pueda caber mi verdad.  
Y en prueba, Alfonso, que aquí,  
con alma de engaños llena,  
os canta alguna sirena,  
basta no escucharme á mí.

BERMUDO. ¡Al paso que sois guerrero  
os preciáis de mal mirado!  
CID. Callad vos, pues yo he callado  
el nombre del lisonjero.  
Mas, pues que vos desviáis  
tan contra justicia y ley  
de las orejas del Rey  
la verdad que me escucháis,  
sin duda que tenéis dentro  
las mentiras que os escucha;  
acoméntenme en la lucha  
y hanme salido al encuentro.

REY. Advertid que estoy presente.  
CID. No temáis que muestre bríos,  
porque los agravios míos  
llevo con serena frente.  
No negará mi amistad  
el que más mi ofensa intenta,  
que yo perdono la afrenta  
como al Rey trate verdad.

RRY. Los que yo tengo á mi lado  
me la dicen más que vos.  
CID. Engañáisos ¡vive Dios!  
REY. A no haberos desterrado  
hiciera un nuevo castigo  
en vos; salíos de mi tierra.  
CID. Si desta el Rey me destierra  
ya está en su tierra Rodrigo.  
(Da unos pasos atrás.)

REY. De Castilla habéis de ir  
en el plazo de tres días.  
CID. Temeréis verdades más,  
pues no las queréis oír.  
Ya partiré desterrado  
del reino; pero mirad  
que á hombres de mi calidad  
más término les han dado  
para levantar su casa;  
cuando desterrados van  
á los ricos hombres dan  
cuarenta días.

REY. No hay tasa  
en mi gusto; el plazo os niego.  
CID. Pues la ley también negáis,  
y claramente mostráis  
que de cólera estáis ciego,  
pues ni en cuarenta podré,  
testigos mis infanzones,  
cargar, señor, los pendones  
que en vuestras guerras gané.  
No me neguéis lo que os pido,  
por éstos, sino por mí,  
á quien tantas veces vi  
defender vuestro partido.  
Oíd, don Nuño Lán;  
Pedro Bermúdez, llegad,  
y en prueba de mi lealtad,  
para tan honroso fin,

mostrad las heridas fieras,  
sobrinos, á Alfonso agora,  
que, si bien no las ignora,  
las juzgará por ligeras,  
que yo iré muy satisfecho  
si dais para mi partida  
un día por cada herida  
de las que muestre su pecho.

ORDOÑO. Pues ¿tan caro ha de costar  
que con sangre ajena y mía  
se ha de comprar cada día  
de los que le habéis de dar?

NUÑO. Muy corta dais la licencia,  
cuando entre el despojo opimo  
Alvar Fáñez, nuestro primo,  
queda cautivo en Valencia.

P. BERM. Herido y preso quedó  
por vos en sangrienta lid;  
merezca por él el Cid  
el término que os pidió.

REY. Doy á vuestro ruego aquí  
nueve días y no más.

CID. No fui tan corto jamás  
en las victorias que os di.  
Desleal me habéis llamado,  
si á alguno lo habéis oído,  
cuantos lo han dicho han mentado,  
y en esta campaña armado,  
cual noble hidalgo español,  
cuerpo á cuerpo lo espero  
desde que salga el lucero  
hasta que se esconda el sol.  
Y á no ser mi rey, es llano  
que me igualaran las leyes,  
pues sabéis que muchos reyes  
me han besado á mí la mano.  
¿Estes vasallos tenéis,  
Alfonso, y los desterráis,  
y ¡vive Dios! que os quedáis  
con traidores?

REY. No me deis  
á que os castigue ocasión,  
que hay fuerzas de rey en mí.

CID. Esas fuerzas yo os las di  
con mi guerrero escuadrón.  
Aunque para hablar severo  
basta que nombre tengáis  
de rey, con que substentáis  
al enemigo más fiero.  
Vos podéis hablar, señor;  
pero no el que hablando lidia  
que llama, muerto de envidia,  
deslealtad á mi valor.  
Ponedle freno en la lengua,  
que son armas mujeriles,  
armas cobardes y viles  
de nobleza y valor mengua.

REY. Pues yo gusto de amparallos.

CID. Si tanto sabor os trueca,  
con las riendas de Babiaca  
daré vuelta á castigallos.  
¡Cid!

REY. ¡Alfonso!

CID. Bueno está.

REY. No está, señor.

REY. ¿Qué decis?

CID. Rey Alfonso, esto que oís.

REY. Vamos, Bermudo.  
BERMUDO. El que va  
con su rey disculpa tiene  
si no responde.

REY. Es verdad;  
id tras él, y procurad  
no andar sin él, que os conviene.  
(Vanse.)

## ESCENA VIII

Salen ABENAMAR, Rey Moro, y ALVAR FÁÑEZ  
sin espada.

ABENAM. Alvar Fáñez: no pretendo  
de tu persona el rescate,  
aunque el mismo rey lo trate;  
de que lo trates me ofendo.  
Vete en paz, y al rey, tu tío,  
dale este abrazo por mí.

ALVAR. Jamás en bárbaro vi  
tan piadoso señorío.  
Digo que en valor excedes  
á Alejandro.

ABENAM. Al fin irás  
en casa del Cid, podrás  
hacerme en ella mercedes.

ALVAR. Tú puedes, señor, hacellas  
á quien se rinde á tus plantas.

ABENAM. Tú puedes hacerme tantas,  
que venga á ser rey por ellas.

ALVAR. Pues ¿en qué las puede hacer  
á un rey un soldado?

ABENAM. (Aparte.) Dudo  
descubrielle el pecho. Pudo  
hoy conmigo merecer  
tanto tu valor... ¿Qué digo?  
Ya estoy ciego.

ALVAR. No te entiendo.

ABENAM. En vano el alma defiende  
del fuego que adoro y sigo.  
Dícneme que Sol y Elvira,  
del Cid, dos hijas doncellas,  
son, como los cielos, bellas.

ALVAR. ¿A qué blanco el moro tira?

ABENAM. Más que entre el bello arrebol  
de Elvira, divina aurora,  
blandamente luce agora,  
Sol, su hermana, como el sol.

ALVAR. Pues ¿qué me quieres decir  
siendo moro, cuando es ella  
cristiana?

ABENAM. Que es Sol muy bella.  
¿No me podrás permitir  
que esto diga?

ALVAR. ¿Por qué no,  
supuesto que no la ofendes?

ABENAM. Piadosamente me entiendes.  
La fama, amigo, llegó  
de las hermosura, de suerte,  
que en veneno disfrazada  
me dejó el alma abrasada.  
Tuviera á dichosa suerte  
que tú le hablastes por mí,  
que así tu favor podría  
vencer á mi cortesía.  
Mas quisiera darte aquí

este papel que le lleves,  
en cuyos renglones breves  
verá mi profundo amor,  
porque pienso en mis fortunas,  
blasón del cristiano y moro,  
ofrecer al Sol que adoro  
postradas mis medias lunas.

ALVAR. ¿Dícelo el papel también?

ABENAM. También el papel lo dice,  
porque mi amor autorice.  
Muestra...

ABENAM. Denme el parabién  
las mismas glorias de amor.  
(Rompe Alvar el papel.)

ALVAR. Esto responde por mí  
doña Sol.

ABENAM. ¿Perdiste aquí  
el seso? ¿Con qué valor  
se ha armado tu atrevimiento  
para tan gran desvarío?  
No hubo más valor que el mío  
que tu primer movimiento  
castigó con divertir  
esa locura en que das,  
que á desvanecerte más  
fuera más dulce al morir  
á manos de un tigre fiero  
que sufrir mi enojo y furia.

ABENAM. A un rey un cautivo injuria  
de quien ya vengarme espero.  
La muerte que ya te aguarda  
te obliga á hablar desuerte.

ALVAR. ¿Quién podrá darme la muerte  
cuando mi voz te acobarda?  
Pues te precias de soldado,  
no te valgas de traiciones;  
arroja tus escuadrones;  
como esté en el campo armado,  
y porque acortes los plazos,  
prueba este brazo español,  
verás, sin que pare el sol,  
partir tu gente á pedazos;  
que del varón sabio y fuerte,  
si en mí es la alabanza impropia,  
todo el mundo es patria propia,  
infeliz ó adversa suerte.  
Y quien en prisión sujeto  
permite mengua en su honor,  
tiene al peligro temor  
lleno de infame respeto.  
Mas bien sé que el no arrojarte  
á venganzas atrevidas  
es por no perder las vidas  
que sientes que ha de costarte,  
pues matara mi furor  
á tantos en tu presencia,  
que no quedara en Valencia  
quien te llamara señor.

ABENAM. Mal en los hombres parece  
hablar.

ALVAR. Engañado estás.  
Dame una espada y verás  
cómo la lengua enmudece.  
La lengua, estando agraviada,  
la honra tanto provoca,  
que revienta de la boca  
por convertirse en espada.



ABENAM. La que en la guerra perdiste con la libertad te doy, veré si ejecutas hoy lo que en la lengua ofreciste; porque en la espantosa lid donde te he de castigar quiero volverte á sacar de entre los brazos del Cid.

ALVAR. Con humilde cortesía mi libertad te agradezco y con mi espada te ofrezco lo que vale por ser mía. Vale una ciudad cercada, y en pago de tu clemencia, pienso ganarte á Valencia, y dártela por mi espada. (Vanse.)

## ESCENA IX

Salen MARTÍN PELÁEZ y BOTIJA.

BOTIJA. ¡A buena ocasión llegamos, que están haciendo novenas á San Pedro pescador! Ponte muy firme de piernas, habla gordo lo posible, porque dicen que en la guerra vale mucho un hombre ronco.

MARTÍN. En el alma el pecho tiembla de ver que á tales varones un hombre cobarde ofrezca mi padre; la culpa es mía, y es bien que la pena sienta.

BOTIJA. Ya salen en procesión, y pardiez ¡que vienen hembras con ellos!

MARTÍN. Serán mis primas, Elvira y Sol.

BOTIJA. ¡Guarda fúeral  
¿Sol se llama? Abrasará quien se abrazare con ella.

MARTÍN. Desviate á un lado, necio.

BOTIJA. ¿A un lado? ¿soy fartiquera? (1)

## ESCENA X

Salen el CID, con pendón. NUÑO LAÍN, PEDRO BERMÚDEZ y ORDOÑO.—DICHOS.

CID. Pendón bendecido y santo, hoy un castellano os lleva por su rey mal desterrado, bien plañido por su tierra. No ha hecho traición al rey por obra ni por semeja, sino es que traición se llama defenderle sus fronteras. Por lisonjas de cobardes busco las ajenas tierras, desde lejos arrojado, que no osaren desde cerca. Pero agradézcanlo á Dios,

(1) Así en el original. Parece querer decir faldriquera ó faldriquera.

que á El solo es bien agradezcan que en su ofensa no descubro mi espada y mi cruz bermeja.

BOTIJA. ¿No llegas?

MARTÍN. Tengo temor de ver la grave presencia del Cid; espanto me pone.

BOTIJA. Si fueran moros, ¿qué hicieras? Yo le diré que has venido.

MARTÍN. Aguárdate, necio, espera.

BOTIJA. Yo me arrojo. — ¡Ah, señor Cid!

ORDOÑO. Un corito á hablarte llega; de lejas tierras parece.

CID. Llegue en buen hora.

BOTIJA. Así sea.

MARTÍN. Si tanto temor me han puesto sosegados en la iglesia, ¿qué será verlos lidiando al son de roncadas trompetas? Jamás me hubiera obligado de mi padre la presencia.

CID. ¿Cómo no hablas?

BOTIJA. No puedo.

CID. Despide el temor, sosiega. Di á lo que vienes.

BOTIJA. Señor... venimos... soy de mi tierra y soy Botija también.

CID. Pues ¿entre nosotros tiemblas?

BOTIJA. Pues ¿no puedo yo temblar donde quisiera?

MARTÍN. Mi afrenta va publicando su miedo.

BOTIJA. Payo Peláez, bien se acuerda, tuvo un hijo, y este hijo quieren decir malas lenguas que salió travieso un poco, y salido, tenga en cuenta, riñó su padre con él, después de muchas pendencias, porque era acuchillador.

MARTÍN. ¡Divinamente lo enmienda!

BOTIJA. Por quitame allá esas pajas le sacó una vez las muelas á un barbero; pero fueron las que colgaba á la puerta. Dijole su padre entonces: vete, Martín, á la guerra, despidióse y despedime, y acá estamos todos.

CID. Venga en buen hora mi sobrino.

MARTÍN. Porque á vuestros pies merezca nombre de vuestro soldado.

BOTIJA. ¿Venle aquí como una oveja? Pues todo el año es así.

CID. El alma, Martín, se alegra de veros; seáis bien venido á la militar escuela donde el honor se acrisola.

MARTÍN. Quien goza vuestra presencia tendrá valor que le envidien las naciones contrapuestas.

CID. Visitad á vuestras primas, que Ximena yace enferma en Leon!

MARTÍN. Voy á servirlos.

CID. Como á bisoño en la guerra, quiero en sucintas razones daros de su trato cuenta. No hay trabajos insufribles que el soldado no padezca.

BOTIJA. ¡Mira con qué le saludan! ¡Por Dios que es linda la flemal! Pues con buen compás de pies será bueno dar la vuelta á guardar treinta borregos.

MARTÍN. ¿Quién hay que ignorancia tenga desos trabajos, señor? Y más quien viene á hacer prueba del valor que me ha prestado mi conocida nobleza.

CID. ¿Qué os parece, caballeros? ¿Podremos, con la defensa de tan gallardo soldado, buscar moros en su tierra?

BOTIJA. ¡Si lo pudiere excusar!...

CID. Serán las victorias ciertas con su favor.

MARTÍN. Padre ingrato, (Aparte.) ¿por qué permites que vean tu afrenta en mi cobardía? ¡Pluguiera á Dios que en la sierra me hubiera muerto algún oso! Sobrino, por nuevas prendas de mi amor, y porque espero que en vuestra defensa tenga mi pendón lugar seguro, mientras dure la novena le honraréis con vuestras manos.

MARTÍN. Donde hay tantos que merezcan este honor...

CID. A vos se os debe.

BOTIJA. El hará lo que no deba.

MARTÍN. Razón es obedeceros.

BOTIJA. En oyendo las trompetas lo verán.

CID. Vamos.

BOTIJA. ¿Y á mí no me darán una vela? Iremos en procesión; si aguardan que la merezca, Botija soy, y en Asturias es mi casa sola vieja.

ORDOÑO. ¡Solariega!

BOTIJA. Y en mis armas las botijas de mi tierra pintan un braguero de oro.

ORDOÑO. Pues ¿por qué?

BOTIJA. Porque se quiebra.

(Vanse, con que se da fin á la primera jornada.)

## JORNADA SEGUNDA

## ESCENA PRIMERA

Suena un clarín y salen MARTÍN PELÁEZ y BOTIJA.

BOTIJA. Señor, ¿á qué toca el moro?

MARTÍN. Dicen que toca á embestir.

BOTIJA. Pues quiérome prevenir para esconderme.

MARTÍN. Ya lloro entre las desdichas mías mi ya malogrado amor.

BOTIJA. No hay sino mostrar valor, señor Martín.

MARTÍN. Pues ¿no fías de mí que sabré mostrar ánimo y pecho gallardo?

BOTIJA. Por eso digo: aquí aguardo, para tener que contar tus hazañas á la vuelta.

MARTÍN. Ya las espadas previene el Cid; mostrar me conviene determinación resuelta de morir, antes que vea la infamia que engendra el miedo. Empeñado estoy, no puedo excusar la imagen fea de la guerra; amigo, adiós, que ya suben á caballo.

BOTIJA. ¿De veras podré esperarlo?

MARTÍN. Si hemos de volver los dos cargados de mil trofeos para Sancha, claro está. (Vase.)

BOTIJA. Pues tráigase hacia acá un rey moro. Los deseos de mi amo buenos son; fuerzas y estómago tiene, corriendo un carro detiene de seis mulas; no hay Sansón como él si da una puñada; pero diz que no está en eso; ya temo algún mal suceso.

## ESCENA II

Sale SANCHA en hábito de hombre.—BOTIJA.

SANCHA. ¿Cuándo un alma enamorada temió peligros de honor? Los imposibles mayores amor los convierte en flores, porque es lisonjero amor. Buscando vengo á Martín disfrazada en el vestido, aunque amor, como advertido, mal puede encubrirse, en fin; pues, por templar los enojos que causa mi ardiente fuego, pretendo mostrarse luego en el agua de mis ojos. Y así en el disfraz mayor con que amor cubrirme quiere, verá quien mis ojos viere que vengo muerta de amor. Si, como es Martín gallardo, sustenta el alma animosa, no habrá mujer más dichosa; verle solamente aguardo que entre las escuadras lidie para darme mis deseos mil amorosos trofeos que nuestra montaña envidie. Estos son los pabellones



del pueblo cristiano, y pienso que quieren lidiar.

BOTIJA. Suspense por más de veinte razones me tiene el montañesillo que está en el valle parado.  
SANCHA. Hacia aquí viene un soldado; como él quiera he de servillo para encubrirme mejor.  
BOTIJA. ¡Qué bien la vista repara! ¡Par Dios! cortada la cara parece á Sancha.

## ESCENA III

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Al temor de la castellana furia que arrojan nuestros reales, recoge ya sus cristales en urnas de plata el Turia. Pone el moro sus riberas en banderas y pendones, el Cid pondrá á sus leones por alfombras sus banderas.

(Tocan una caja.)

Aquella caja señala la sangrienta acometida; aquí es bien perder la vida, cuando en la fama se iguala un valeroso español al Macedón, cuya gente pisó del Ganges la frente, nevada cunz del sol. Bien ha menester las manos el fiero ejército vil, aunque trae noventa mil para ocho mil castellanos.  
SANCHA. Pienso que volverse quiere, que le dan las trompas voces; volarán mis pies veloces para decille que espere.  
¡Ah, señor!  
BOTIJA. ¿Adónde va el muchacho?  
ALVAR. ¿Quién me llama?  
SANCHA. Quien quisiera daros fama sobre el sol y os servirá de paje en la paz y aquí de llevaros si gustáis escudo y yelmo.  
ALVAR. ¿Buscáis á quién servir?  
SANCHA. Señor, sí, porque á la guerra me inclino, y así me perdona Dios que os sirva de balde á vos.  
ALVAR. ¡El muchacho es peregrino!  
SANCHA. Diga: ¿quiere ser mi amo?  
ALVAR. Tiene gallarda presencia. ¿El nombre?  
SANCHA. Con su licencia diré que Sancho me llamo.  
ALVAR. Pues, Sancho, no hay ocasión para que más me detenga; cuando de la guerra venga

tomaré resolución en vuestra comodidad.  
SANCHA. ¿Cuándo volverá, señor?  
ALVAR. Si nos da el cielo favor, no llegará á la mitad el sol sin que vuelva aquí.  
SANCHA. Pues piense que ha vuelto ya y recíbame, y verá el favor que tiene en mí, que pienso rezar por él, aunque en guerreros estilos, á San Domingo de Silos.  
ALVAR. Ya fuera, Sancho, cruel á tan buena voluntad si no os recibiera.  
SANCHA. Digo que mil veces le bendigo,  
ALVAR. En ese monte esperad mi buena ó mala fortuna. (Vase.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos ALVAR FÁÑEZ.

SANCHA. Con victoria os vuelva el cielo.  
BOTIJA. ¿Qué le ha dicho este mozuelo, si el preguntar no importuna?  
SANCHA. Este es Botija; ¡ay de mí! que pierdo, si me conoço, mi pretensión.  
BOTIJA. No se emboce, que no estoy por bestia aquí. A Sancha me huele el mozo.  
SANCHA. Pues ¿qué es lo que quiere?  
BOTIJA. Quiero preguntar á lo barbero: ¿por qué no le sale el bozo para que nos dé provecho, que aque se talle no es barro? Barba muy á lo guijarro no es de hombre de pelo en pecho.  
¿Tiene hoyo la barbilla?  
SANCHA. ¿Con esas preguntas viene?  
BOTIJA. Dígolo, porque no tiene de Adán más que la costilla.  
SANCHA. ¿Sueña?  
BOTIJA. Ayer soñaba yo, vaya conmigo, esté atento, que en cierto despedimiento cierta mañana se halló su merced en cierto valle que con cierto montañés se abrazó; lo cierto es que fué sueño, escuche y calle. Lloraron mucho, y llorado, venímonos, y venido sentimos mucho, y sentido hablamos al Cid, y hablado resultó que desperté diciendo: Sancha divina, la invención es peregrina, no te encubras por la fe que debes á mi señor.  
SANCHA. ¿Cómo, si es Martín mi dueño?  
BOTIJA. Pues ¿no le digo que es sueño? ¡No ha estado linda la flor

## ESCENA VI

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Vamos, antes que el moro vencido vuelva á ganar lo perdido.  
MARTÍN. Por eso á entender le damos siempre lo que pierde en ello. (Vanse Alvar Fáñez y Martín Peláez.)

## ESCENA VII

DICHOS menos ALVAR y MARTÍN.

CID. ¿Dónde Martín puede estar? Su afrenta me ha de acabar, tengo el alma de un cabello.  
SANCHA. Sin duda el seso ha perdido; así su infamia previene, mas ¿quién tal así no tiene vergüenza de haber huído? A la mesa se ha sentado, no es el que buscaba yo; un mar de hielo cayó sobre mi pecho abrasado. ¡Si viéredes más mis ojos me despedace un león!  
BOTIJA. ¿Dónde vas?  
SANCHA. ¡Ay, corazón, muerto entre penas y enojos! Pero por venganza honrosa del que tan sin honra vi al que por amo escogí daré la mano de esposa, y á un villano, si faltare, que una mujer ofendida le dará el alma y la vida al primero que topare. (Vase.)

## ESCENA VIII

DICHOS, menos SANCHA.

BOTIJA. Mas ¿qué, se va de vergüenza de lo que mi amo ha hecho? Luego iré á templarle el pecho. Con buenos hechos comienza Martín á honrar á su tío. Ya en la montaña estarán juzgándole capitán.  
¿Qué diré en descargo mío que no multiplique enojos? Llamárale quien le vió infame, pues se atrevió á ser cobarde á mis ojos. Pero quiero divertir el ánimo triste un rato. No merece hacer el plato á los que osaron morir tantas veces: ¿quién los ve comer con tanto sosiego que juzgue un rayo de fuego la estampa de cada pie? ¿Quién no tendrá á maravilla y á nuevo prodigio extraño que recoja aquel escaño

del señorito! Entre manos se me quiere hacer mujer.  
SANCHA. Soñé yo también por ver.  
BOTIJA. No hay que ver, que hay sueños va- Pero, dígame también, [nos, ¿qué dijo á aquel caballero?  
SANCHA. Dije que servirle quiero.  
BOTIJA. ¿Halo mirado muy bien? Porque llegar á servir al primero que topó, y más si acaso dejé buen amo, da que decir, y tanto, que juro á Cristo que estoy para hacer un hecho...  
SANCHA. Ya está el alma en más estrecho; ya sin fruto me resisto. No fué liviandad, Botija.  
BOTIJA. ¿Estás borracho, muchacho? Por no llamarme borracho me dió el nombre de vasija. ¿Qué dices?  
SANCHA. Que estoy soñando, y aun pienso que sueño ha sido, porque aún no me he conocido.  
BOTIJA. ¿Dónde has de estar esperando á tu señor?  
SANCHA. Que le aguarde, dijo, en este monte.  
BOTIJA. Sube.  
SANCHA. Alguna dichosa nube porque á sus ojos me guarde, me dió en el disfraz el cielo.  
BOTIJA. Pardiez, que hoy ha de saber Martín quién es la mujer. ¿Amores buscáis al vuelo?

Sale el CID y MARTÍN, cada uno de su parte.—  
DICHOS.  
CID. Si premio hubiera faltado de honor, á un riesgo mortal, no tuviese un rey caudal para pagar á un soldado. Con agradecido amor es bien que lo satisfaga, y no perdiendo en la paga le dé ventajas de honor; que un soldado estropeado no siente el dolor cruel, si sabe que dicen dél que peleó como honrado.  
MARTÍN. ¡Que mi afrenta y mi temor, que con mi dolor compiten, me traigan donde repiten todos liciones de honor! ¡Qué he de hacer!  
CID. Ea, capitanes, entrad.  
BOTIJA. Bien es si te esfuerzas, lo que perdiste en las fuerzas, que con la industria lo ganes. En tropa puedes sentarte, porque, viéndote á su lado, pensarán que has peleado.  
MARTÍN. Mil abrazos quiero darte por el buen consejo.



la defensa de Castilla?  
Leones domesticados  
parecen en sus decoros,  
despedazando más moros  
que están comiendo bocados.  
Pero ¿quién es el que veo  
junto á Alvar Fáñez? ¿Si es él?  
Mas no fuera tan cruel  
la fortuna á mi deseo,  
que el premio de avergonzallo  
nunca ha de osar admitillo  
quien tuvo ante su caudillo  
temor para conquistallo.  
Mas como un cobarde está  
ciego en tan honrosas cuentas  
topa con honras y afrentas  
sin saber adónde va.  
¡Vive Dios que no ha de estar  
más un momento en la mesa! (Vase.)  
BOTIJA. A alguna afrentosa empresa  
va el Cid: ¿en qué ha de parar?  
(Vase.)

## ESCENA IX

*Sale el CID sacando del brazo á MARTÍN PELÁEZ, con una servilleta, un panecillo y un cuchillo.*

CID. Sobrino, advertiros quiero  
que tiene mal proceder  
quien se convida á comer  
sin que le llamen primero.  
El convidaros comienza  
por acto de voluntad;  
ir llamado, es amistad;  
sin llamaros, desvergüenza.  
Y esto, para entre los dos,  
que aunque son amigos caros,  
pues se fueron sin llamaros,  
quisieron comer sin vos.  
Demás que aquí se reparte  
la costa á los convidados,  
y de los que veis sentados  
puso cada uno su parte;  
que como ellos han cortado  
cabezas que Africa llora,  
lo que están comiendo agora  
por cabezas lo han echado;  
y así, no es razón que deis  
ocasión por tantos modos  
á decir que compran todos  
lo que sin pagar coméis. (Vase.)

## ESCENA X

*MARTÍN PELÁEZ solo.*

Vuestras razones notorias  
dicen del alma sentidas  
que aquí se dan las comidas  
á precio de las victorias.  
Si son los triunfos y glorias  
con lo que se han de comprar,  
claro está de averiguar  
que en vuestra mesa ofendida  
me negastes la comida  
por que la salga á buscar,

y aunque el pan me habéis dejado,  
Rodrigo, advertiros quiero  
que sin compralle primero  
no he de comer ni un bocado.  
Laurel, teneldo guardado  
como en depósito fiel  
y sed guarda tan cruel  
que aun á mi, si os lo pidiere  
no me lo deis, si no os diere  
una victoria por él.  
Ea, afrentas, acabad  
vuestro curso acelerado,  
si en la cumbre habéis tocado  
con la cabeza, bajad;  
que tiene tal calidad  
el honor precioso y bello  
que aunque luchéis por vencello  
ha de quedar superior,  
porque es gran parte de honor  
la vergüenza de perdello.

*(Tocan al arma.)*

Ea, que el moro tocó  
segunda vez á embestir;  
la ocasión puedo decir  
que el cielo me la vendió;  
de mí he de vengarme yo  
tanto, que los que miraron  
las afrentas que cargaron  
sobre mi ofendido honor,  
viendo ahora mi valor  
presuman que se engañaron. (Vase.)

## ESCENA XI

*Salen ALVAR FÁÑEZ, NUÑO y el CID.*

CID. ¡Qué, no os dejaron comer!  
ALVAR. Antes se lo agradecemos,  
á les buscar, porque iremos  
más ligeros al vencer.  
CID. ¿Quién se ha querido ofrecer  
á la batalla primero?  
ALVAR. ¡Qué gallardo caballero!  
CID. Martín es quien nos convida.  
ALVAR. ¿Veis como no fué huidor  
sino astucia de guerrero?  
Socorramos á Martín,  
caballeros.  
NUÑO. Ya embistió;  
por las batallas se entró.  
ALVAR. Engañámonos al fin.  
NUÑO. Apenas oyó el clarín  
cuando acometió valiente.  
*(Vanse todos, menos el Cid.)*

## ESCENA XII

*El CID solo.*

Ya desbarata la gente,  
y cual segador, espigas  
de cabezas enemigas  
tiene una muralla enfrente.  
No vi más terrible osar;  
ya empieza el campo á temelle;  
con el contento de velle  
se me olvida el pelear;

mas ¿qué espada ha de faltar,  
si el mundo en la suya estriba  
para que la fama escriba  
que la afrenta del huir  
la quiere agora cubrir  
con los cuerpos que derriba?  
En no ayudarle acrisolo  
el honor que restauró,  
que pues él solo huyó,  
gane la victoria solo.  
Ya le ofrece el mismo Apolo  
para que á la envidia asombre  
su laurel.

## ESCENA XIII

*Salen peleando ABENAMAR, LIDORO, MUZA y otros con MARTÍN. — El CID.*

ABENAM. ¿Quién eres, hombre?  
ALVAR FÁÑEZ, Lain ú Ordoño?  
MARTÍN. Soy un soldado bisoño  
del Cid, que aún no tengo nombre.  
*(Entralos á cuchilladas.)*  
CID. Ea, Martín, que fué el valor  
mientras lo encubristes, mas  
como el que da paso atrás  
para dar salto mayor.  
Ya puede llamarse honor  
su huida, que ofendellos,  
dando al cuchillo sus cuellos  
por no darles honra ha sido;  
que por haber él huído  
no quiere que huyan ellos.  
Su espada es la vencedora,  
Dios con vitoria la vuelva.  
Por una acerada selva  
de lanzas se arroja agora,  
espada y brazo mejora,  
y en su generoso aliento  
se mezcla el Marte sangriento  
con el Rey: ¡heroica empresa!  
ya bien merece la mesa,  
que trae sobrado sustento.  
Pero en tanto que pelean  
quiero su campo apretar,  
que la ocasión y el lugar  
no lloren si se desean.

## ESCENA XIV

*Tocan al arma, y sale EL REY MORO, ALVAR FÁÑEZ y MARTÍN PELÁEZ.*

ALVAR. Así tus victorias sean  
á las de Alejandro iguales.  
MARTÍN. ¿Qué pides?  
ALVAR. Que me señales  
sola esa batalla aquí.  
MARTÍN. Pues ¿fáltame esfuerzo á mí  
para batallas reales?  
ABENAM. Antes te ha sobrado tanto,  
que quiero competidor  
no de tan alto valor.  
MARTÍN. Luego ¿doite más espanto  
que Alvar Fáñez?  
ABENAM. Yo sé cuánto,  
pues una vez le vencí.

MARTÍN. Tuya es la batalla aquí;  
mas si él te vence, ¿qué esperas?  
ABENAM. La muerte en sus manos fieras,  
pues á sus manos volví.  
ALVAR. Antes pagarte pretendo  
la libertad de aquel día.  
ABENAM. Pues á tanta cortesía  
hago mal si me defiendo.  
Tu esclavo soy.  
MARTÍN. No pretendo  
que te adelantes jamás;  
para vencerle no más  
te concedí esta victoria,  
que yo he de ganar la gloria  
de la vida que le das.  
Rey: el poder escaparte  
del peligro á que has llegado  
es por habernos juntado  
dos hombres para matarte;  
sigue tu propicio Marte,  
mas confiéstate rendido  
de Alvar Fáñez, que él ha sido  
el dueño desta amistad.  
ABENAM. ¿Y quién me da libertad?  
MARTÍN. El mismo que te ha vencido;  
que aunque parte desta gloria  
llegué á tener merecida,  
entre los dos repartida  
viene á ser corta victoria;  
cifre tu famosa historia  
esta hazaña en mi presencia,  
mas huye, moro, á Valencia,  
que si te vuelvo á encontrar,  
ni te podrá perdonar  
ni yo le daré licencia.  
ABENAM. Parto á obedecer vencido  
de vuestro heroico valor. (Vase.)

## ESCENA XV

*Sale SANCHÁ.—DICHOS, menos ABENAMAR.*

SANCHÁ. Con vergüenza y con temor  
á su presencia he venido;  
ya los celos que he tenido  
los han de pagar mis ojos.  
ALVAR. No más triunfales despojos  
honran el templo de Marte;  
deja que llegue á abrazarte,  
Martín.  
MARTÍN. En perdiendo enojos  
que recelos me han causado  
podrás llegarme á abrazar.  
ALVAR. Nadie se llegó á enfadar  
conmigo.  
MARTÍN. Pues yo me enfado.  
¿Qué tienes que responder?  
ALVAR. Que, más que valor, ha sido  
soberbia la que has tenido.  
Pero déjame entender  
la causa por que te enfadas  
y satisfacción haré.  
MARTÍN. Yo también te la daré.  
ALVAR. ¡A mil! ¿Cómo?  
MARTÍN. A cuchilladas.  
ALVAR. ¿Por una vez que has mostrado  
valor, te quieres poner.



MARTÍN. con el que supo vencer antes que fueras soldado? Por eso hay más que escribir los blasones que he tenido, pues en valor te ha vencido el que una vez viste huir; que, si lo que viendo voy, baldón alguno me das, tan descomedido estás como yo sufrido estoy.

Y advierte que fué el temor que estas glorias me previene lunar hermoso que tiene la imagen de mi valor; pero la alabanza mía dejo librada en mi espada, con más honra acreditada que da luz al mundo el día. ¿Hoy te ha llegado á servir un muchacho montañés? ¿Es aquél acaso?

ALVAR. El es.

MARTÍN. Pues ¿qué me quieres decir?

MARTÍN. Que en mi casa se ha criado y por yerro te ha servido; que me lo vuelvas te pido.

SANCHA. Ya está en el pecho turbado el corazón; no quisiera ser de su daño ocasión.

ALVAR. Aunque tuvieras razón y para dalla estuviera, por el modo que has tenido te la dejara de dar, que al pedir me han de rogar.

MARTÍN. Pues yo mando cuando pido, y en la distancia que ves que hay del pedir al tomar, te quise dejar lugar para que el paje me des; pero, pues que no conoces lo que en pedirte ganas excusa ya voces vanas.

ALVAR. Tú eres el que das las voces.

MARTÍN. Pues en la fuente del Cisne te espero.

ALVAR. Y allí verás

MARTÍN. si importa rogarme á mí. De rabia y de celos muero.

(Vanse los dos.)

#### ESCENA XVI

SANCHA sola.

¡Que así hayan puesto los celos causados de mi venida en riesgo la mejor vida que han dado aliento los cielos! No me atrevo, estoy corrida, que yo á sus pies me arrojara para que grillos le echara á su atención atrevida.

#### ESCENA XVII

Sale BOTIJA.—SANCHA.

BOTIJA. ¿Qué hay, mancebo?

SANCHA. Avisa al Cid,

amigo, que tu señor y Alvar Fáñez ¡ay, amor! para temerosa lid se desaffian.

BOTIJA. ¿Y va con ellos alguna gente?

SANCHA. Solos van.

BOTIJA. ¿Dónde?

SANCHA. A la fuente del Cisne.

BOTIJA. Pues no tendrá lugar su furioso intento. (Vase.)

#### ESCENA XVIII

SANCHA sola.

¡Que tanto los celos puedan que á toda amistad excedan! Iré en los hombros del viento, quizá les dará el amor algún pacífico medio; que amor suele hallar remedio en el veneno mayor. (Vase.)

#### ESCENA XIX

Sale MARTÍN PELÁEZ con rodela.

MARTÍN. Dicen que abrasarse en celos es la causa no estimarse un hombre, porque presume que el competidor amante tiene más mérito que él; porque quien lo juzga sabe pues no conoce que el gusto de errados desvelos nace. Si hubiera elecciones justas, fuera amor carga suave, hubiera paces dichosas y casamientos suaves. Mas si del cuello de Adonis de la belleza una imagen, Venus mendigando gustos va con Vulcano á casarse, ¿por qué no ha de tener celos el mismo Fénix de su áspid, si las mujeres escogen lo más humilde por fácil? Celos es razón que tenga, no digo yo de Alvar Fáñez, que un esclavo, vive Dios, recelo que me aventaje. Si conoce que es mujer no hay sufrimiento que baste; la amistad y el parentesco los he de borrar con sangre.

#### ESCENA XX

Sale SANCHA.—DICHOS.

SANCHA. Amor, ¿por qué me acobardas, si sabes que son bastantes las disculpas de mi fe? Mas si me atreví á dejarle y mi inconstancia conoce,

MARTÍN. razón es que me acobarde la vergüenza, aunque sin culpa. Amor, ¿es causa bastante el ver á Sancha que el pecho entre volcanes se abraza de celos? ¡Viven los cielos, que viene por Alvar Fáñez! Enamoróse de verle galán, entró por su paje y creció su amor, por vernos á él valiente, á mi cobarde. ¡Quién pudiera reducilla! que, aunque es en belleza un ángel, es en las demás acciones mujer y podrá mudarse.

#### ESCENA XXI

Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.

ALVAR. Cuando tan poco me importa volvelle á Martín Peláez el paje, ¿he de ser tan rudo que olvide amistad y sangre? Que, aunque él procedió conmigo atrevido y arrogante, no hubo agravio entre nosotros para que el honor se manche. Mas ya me espera en el puesto, y con risueño semblante llega á hablar al pajecillo; delito será quitarle su gusto; en hablando, pienso firmar nuestras amistades con lazo inmortal.

MARTÍN. Escucha, para que después me mates.

SANCHA. ¿Qué me quieres?

MARTÍN. Darte un alma que despreciada arrojaste del cielo de tu hermosura.

ALVAR. No se le dicen á un paje, Alvaro, aquestas razones.

MARTÍN. Sancha: ¿tan presto quebraste la fe de tu amor primero? Aquellas finezas grandes, aquellas lágrimas tuyas que dejaron arrogantes, más que si fueran del alba las flores de nuestros valles, que luego las consumieron? Mira que no es bien te iguales á los que en la corte viven que sólo traiciones saben, y del valor que he podido entre moriscos alfanjes mostrar el valor del pecho otros podrán informarte.

ALVAR. Esta es mujer, y cual suele el pajarillo ampararse del águila que le sigue por el imperio del aire, á mi amparo se ha venido, encubriendo de su amante el alma con los deseos y el cuerpo con los disfraces.

Mas ya que se ha descubierto otra fugitiva Dafne, otra Europa entre las flores y otra suspensión de París, deje las selvas de Chipre amor, si ya de cobarde no se atemoriza en verme teñido de polvo y sangre, ganaré la montañesa si para mi ofensa trae más escuadrones que el griego trajo en sus preñadas naves. ¿He tardado mucho?

SANCHA. No;

que para tratar de paces entre parientes y amigos jamás se ha llegado tarde. En vuestra contienda injusta, pues que de mi causa nace, bien es que yo sea tercero. Mi señor Martín Peláez me echó de su casa un día, y yo, viniendo á buscarle, entré, en tanto que le hallaba, á servirlos.

MARTÍN. Dios te guarde al paso de mis venturas.

ALVAR. Pues ya que conmigo entraste me has de servir ¡vive Dios! porque no ha de ser bastante el miedo que ya le tienes.

MARTÍN. Pues nos hace el campo iguales en la defensa y las armas, verás cuando aquí te mate el respeto que me debes.

SANCHA. ¡Hay desdicha semejante! Señores, ¡que siendo amigos y tan parientes se maten! Mas ya los cielos piadosos trujeron quien los aparte. Mirad al Cid, caballeros.

ALVAR. ¡Cielos! ¿Quién pudo avisarle?

MARTÍN. ¿Qué haremos?

ALVAR. Lo que yo hiciera.

#### ESCENA XXII

Recuéstanse en el suelo y sale el Cid.

CID. Mal saben disimular, porque en ocasión que el campo sigue el victorioso alcance para cercar á Valencia, no es bien que los Capitanes á descansar se retiren; vendrán á desagraciarse de alguna afrenta, sin duda.

ALVAR. Tres veces envió á llamar el Rey, alzóle el destierro.

MARTÍN. Es en su corte importante nuestro tío.

CID. ¡Qué bien fingen!

ALVAR. Los casamientos que hace en orden á honralle ha sido.

MARTÍN. Son ricos y principales los Condes de Carrión,



- aunque, si verdades valen,  
no partieron muy contentas  
nuestras primas.
- ALVAR. Ya se sabe  
que os amaba tiernamente  
doña Sol.
- MARTÍN. Amor constante  
os mostraba doña Elvira.
- CID. ¡Qué tiernos discursos hacen  
para encubrir sus agravios!  
Que será bueno dejalles  
reñir, que si agora estorbo  
las intenciones que traen  
serán con la paz fingida,  
en mi presencia cobardes,  
y después como ofendidos  
podrán volver á matarse.  
Más vale que en mi presencia  
reñendo se desagracien,  
que con las espadas fuera  
pienso que será bastante  
á concertarlos. Sobrinos,  
¿agora gozáis el aire  
cuando los demás trabajan?
- ALVAR. Como nos toca la parte  
del mayor trabajo, es bien  
que el espíritu descansa.
- CID. Hoy veré quién es Martín,  
veré quién es Alvar Fáñez,  
porque mi rojo pendón  
quisiera verle colgarle  
sobre la torre más alta  
del muro; mas no ha de darse  
sino al mejor Capitán,  
al de valor más constante  
en el peligro, que fuera  
la desdicha más notable  
que le viniera á Rodrigo  
si el rojo pendón ganase  
el Moro; y así querría,  
supuesto que os juzgo iguales,  
que miréis cuál de los dos  
puede al peligro arrojarle.
- ALVAR. Sólo yo llevarle puedo.
- MARTÍN. Yo sólo puedo llevarle.
- CID. Alto, pues, sólo el valor  
es bien que del alma saque  
la duda.
- MARTÍN. Dadnos licencia,  
veréis en pequeño instante  
quién vuestro pendón merece.
- CID. Como eso no más se aguarde,  
licencia y campo tenéis.
- SANCHA. ¡Buen modo de concertalles!  
Todo en la guerra es furor,  
todo es duelo, todo es sangre.
- ALVAR. ¡Dichosa ocasión ha sido!
- MARTÍN. Agora podré vengarme.
- CID. Mirad que la cortesía  
ni la amistad no os engañen,  
porque al que viere vencido  
lo he de juzgar por cobarde.
- MARTÍN. Primero veréis mi muerte  
que me dé atributos tales  
vuestra lengua.
- ALVAR. En sangre mía  
veréis el campo bañarse

- antes que el rojo pendón  
ajenas fuerzas le ganen.
- (*Riñen.*)
- CID. Cese el enojo, sobrinos,  
que en valor y fuerza iguales  
podéis hacer competencia  
en su quinto cielo á Marte.  
Yo he de llevar el pendón,  
por que ninguno se agravie.  
Vuestro recibido enojo  
en el campo ha de quedarse,  
porque no ha de haber agravios  
donde el Cid hace las paces.  
Daos los brazos.
- SANCHA. Dete el cielo  
por dilatadas edades  
más que á Alejandro victorias.  
¡Que los he visto abrazarse!
- MARTÍN. Alvar Fáñez, dame á Sancho.
- ALVAR. No quiero, Martín Peláez.
- MARTÍN. Pues yo os mataré en Valencia.
- ALVAR. Pues allá habrá quien os mate.
- CID. Si los deudos son amigos,  
¿qué contrario ha de esperarles?

## JORNADA TERCERA

## ESCENA PRIMERA

*Sale Ordoño dando voces.*

- ORDOÑO. ¡Ah, invencibles castellanos!  
Al real que se recoja  
la gente, que le despoja  
el moro; apretad las manos,  
que si no hacéis resistencia  
y aquí vengáis vuestro ultraje,  
os lleva todo el bagaje  
el Rey moro de Valencia.

## ESCENA II

*Tocan dentro á retirarse y sale BERMÚDEZ con la espada desnuda.—DICHOS.*

- BERMÚD. ¿Quién ha mandado tocar  
á tal punto á recoger,  
cuando llegando á poner  
las escalas y á pisar  
la corona de los muros  
que el pagano defendía  
casi vió el Cid este día  
los castellanos seguros  
y señores de Valencia?

## ESCENA III

*Sale un SOLDADO.—DICHOS.*

- SOLDADO. ¡Qué donosa retirada,  
cuando está medio ganada  
la ciudad!

## ESCENA IV

*Sale ALVAR FÁÑEZ.—DICHOS.*

- ALVAR. ¡Que haya paciencia  
que á la voz de un atambor  
retirándose perdido  
es la ocasión el ruido  
hechizo de algún traidor!

## ESCENA V

*Sale el CID.—DICHOS.*

- CID. A todos los atambores  
de mi campo haced colgar  
de esos robles. ¿Retirar  
á tal ocasión, traidores?  
¡Por vida de mi Ximena,  
que á saber quién lo mandó!..
- ORDOÑO. Rodrigo de Vivar, yo;  
si merezco alguna pena.  
Tocar hice á retirar  
porque, después de asaltado  
el muro, habiendo dejado  
sin gente el real y robar  
el bagaje y bastimento,  
por el moro que salió  
encubierto y aguardó  
á ver nuestro alojamiento  
sin guarnición ni soldados,  
todo el despojo y tesoro  
que en tantos meses al moro  
quitaste, gente y ganados  
y mujeres, sin dejar  
cosa de importancia, lleva;  
ved si merece esta nueva  
que toquen á retirar.
- CID. Al alcance, pues, amigos,  
que dejar sin guarnición  
el real dió la ocasión  
á este daño; sean testigos  
ellos mismos por su mal  
del valor que os acompaña.  
¡Alarma! no diga España  
que el moro os despojó el real.
- ORDOÑO. Por las huertas van, seguid  
sus pasos.
- TODOS. ¡Alarma!
- CID. Desto,  
¿qué dirá Alfonso el sexto?  
¿Qué dirá España del Cid?
- (*Vanse.*)

## ESCENA VI

*Tocan alarma, sale MARTÍN PELÁEZ con la espada desnuda.*

- ¿Qué alboroto puede ser  
el que nuestro real provoca  
que agora á rebato toca  
y tocaba á recoger?  
¡Buena ocasión ha perdido  
el Cid con su retirada!  
Tuve una torre ganada  
y el moro casi rendido,

y no sé con qué consejo  
el campo se reiró;  
pero más sabe que yo  
el Cid y es prudente y viejo.

## ESCENA VII

*Sale BOTIJA llorando.—DICHOS.*

- BOTIJA. ¡Ay, rocín del alma mía!  
¿Qué hará Botija sin vos?  
Para renegar de Dios  
os lleva la morería.  
Muy bien pudiera el perrazo,  
antes de entrar en Valencia,  
dáros, mi rocín, licencia  
siquiera para un abrazo.  
Mas, como sois de importancia,  
sin dejaros despedir,  
ojos que vos vieron ir,  
no os verán tornar á Francia.  
Viendo me quedo este día,  
porque no tendrá, por Dios,  
otro rocín como vos  
toda la rocinería.  
No se vió cabalgadura  
que tuviese, ya que empiezo,  
como vos cola y pescuezo,  
una legua de andadura.  
Allá os vais con el bagaje,  
mi rocín, mi pino de oro,  
y afrentaréis, siendo moro,  
todo el rocinal linaje.  
Yo á pata y sin un real  
diré de noche y de día:  
¿adónde estás, bestia mía,  
que no te duele mi mal?
- MARTÍN. Botija, ¿qué llanto es ese?
- BOTIJA. ¡Ay de mí! Peláez Martín;  
renegó nuestro rocín;  
ved si es justo que me pese.  
En dándole medio pienso  
por un haz de mielga fui,  
y apenas del real salí,  
cuando, menos que lo pienso,  
el moro robó el bagaje,  
y Sancha, de hombre vestida,  
va cautiva y afligida  
sin aprovecharle el traje.  
Hasta el medio celemin  
y el arnero se llevó;  
pero lo que siento yo  
es el ver á mi rocín,  
que, apenas el pobre toca  
la cebada que le di,  
cuando llevárselo vi  
con el bocado en la boca,  
aunque sin albarda y cincha,  
y en medio de su tristeza  
volvió el pobre la cabeza,  
y mirándome relincha,  
diciendo: «Botija, adiós,  
que, pues llevo amo segundo,  
si no es en el otro mundo  
no nos veremos los dos.»
- MARTÍN. ¿El bagaje lleva el moro?



BOTIJA. Sí, y el Cid le va siguiendo;  
¿no oyes la grito y estruendo?  
MARTÍN. Y mi Sancha, á quien adoro,  
¿va cautiva?  
BOTIJA. Y mi rocín  
llevado de los cabellos.  
¡Ah, perros! ¡Martín, á ellos!  
¡démolos un San Martín!  
MARTÍN. No tiene amor quien espera,  
mi Sancha, vuestra prisión.  
BOTIJA. Librádmelo, San Antón,  
y os daré un rocín de cera. (Vanse.)

## ESCENA VIII

Tocan al arma y dase la batalla: después de algunas salidas, sale MARTÍN acuchillando á AMETE y CALÍN.

MARTÍN. No lograréis los despojos,  
perros, que del real lleváis.  
AMETE. ¡Favor, Alá!  
MARTÍN. ¿Tembláis?  
Mientras no vieren mis ojos  
á Sancha, que es la luz dellos,  
no ha de quedar moro á vida.  
CALÍN. Oye.  
MARTÍN. ¡Ay, Sancha querida!  
¿qué hé de hacer si vivo en ellos?  
(Vanse.)

## ESCENA IX

Salen un MORO acuchillando á BOTIJA, armado á lo gracioso.

BOTIJA. ¡Ay, que me matan, Martín!  
¡Ah, Martín Peláez! señor,  
este moro esgrimidor  
tras llevarme mi rocín  
me quiere matar.  
MORO. ¡Ah, perro!  
BOTIJA. Martinico: ¿por qué no me vales,  
que galgos me matan á tus umbrales?  
MORO. No huyas.  
BOTIJA. Haga allá el hierro,  
señor moro, así se vea  
regidor de su lugar,  
ó si es que sabe cantar  
misa, cante allá en su aldea.  
MORO. Muerte he de darte.  
BOTIJA. ¿Quién? ¿El?  
MORO. Yo te tengo de acabar.  
BOTIJA. ¿Y si queda irregular  
descolgado de un cordel?  
Que nueso alcalde, por Dios,  
si de matarme se huelga,  
como perdices los cuelga  
del rollo, de dos en dos.  
MORO. ¡Ea!  
BOTIJA. No hay por qué matarme,  
que ya me muero de miedo.  
MORO. ¡Ah, cobarde!  
BOTIJA. Estése quedo;  
¿no ve que puede lisiarme?  
¡Válgame Dios, y qué extraño  
y qué porfiado está!

MORO. ¡Ea, perro!  
BOTIJA. Acabe ya;  
¿ha de durar esto un año?  
¡Ah, Martín, que están matando  
á tu Botija! Ven presto,  
dame un confesor.

## ESCENA X

Salen MARTÍN.—DICHOS.

MARTÍN. ¿Qué es esto?  
¿Qué tienes?  
BOTIJA. Aquí andan dando,  
sin habelle hecho mal,  
este moro de esta tarde  
en sacudirme.  
MARTÍN. ¡Ah, cobarde!  
¿Es más de uno? ¿No es tu igual?  
BOTIJA. ¿No ves que tira el perrazo  
como un trueno? Belcebú  
le espere.  
MARTÍN. Tirale tú  
otro, pues tienes buen brazo.  
Haz cuenta que al pie de un roble  
con el hacha vas á darle  
golpes hasta derribarle,  
que yo tuve miedo doble,  
y empezando á pelear  
les perdí todo el temor:  
gente es sin fuerza y valor.  
Mira: así es como has de darle. (Dale.)  
MORO. ¡Ay, Mahoma, que me han muerto!  
MARTÍN. Dale, llega, dale así.  
BOTIJA. Estéseme quedo aquí  
y verá cómo le acierto. (Dale.)  
MORO. ¡Ay!  
BOTIJA. ¡Matéle!  
MARTÍN. ¿No lo ves?  
BOTIJA. ¡Pardiez, que se murió prestol!  
¿Esto es matar moros?  
MARTÍN. Esto.  
BOTIJA. Déjeme con ellos, pues,  
que yo les daré una mano  
que se espante quien me viere.  
MARTÍN. Ven.  
BOTIJA. Tan fácilmente muere  
un moro como un cristiano. (Vanse.)

## ESCENA XI

Salen ALVAR FÁÑEZ y ORDOÑO.

ALVAR. Entróse el moro en Valencia  
con la presa que robó;  
sólo la gente dejó  
que iba cautiva.  
ORDOÑO. Prudencia  
digna de desgracia tal.

## ESCENA XII

Salen el CID.—DICHOS.

CID. ¿Una vez sola que falto  
os vais todos al asalto  
y dejáis sin guarda el real?

## ESCENA XV

Salen el CID.—DICHOS.

En vosotros mismos hoy  
tendréis el justo escarmiento.  
Llevado os ha el bastimento  
y hacienda; contento estoy  
de que padezcáis la pena,  
pues todos estáis culpados;  
de pelear venis cansados,  
y el moro os lleva la cena.  
No tengo que os castigar,  
por mí el moro os da el castigo,  
pues, como si fuera amigo,  
le habéis dado de cenar.  
El vuestra locura enfrene,  
que, mientras comiendo está,  
yo apostaré que dirá  
que el que no guarda no cene. (Vase.)

## ESCENA XIII

DICHOS, menos el CID.

ORDOÑO. El Cid nos corrió y se fué.  
ALVAR. Y con sobrada razón.  
¡No fuera en esta ocasión  
más tempranol!  
ORDOÑO. ¿Para qué?  
ALVAR. Para escalar ese muro  
y quitarle de la mesa,  
como harpía, vida y presa,  
que el moro goza seguro.  
No tenga en mis venas yo  
sangre noble y castellana  
si no vengare mañana  
lo que hoy el moro causó.  
Que restaurando la afrenta  
que del Cid á sufrir llevo,  
cenara, y yo hiciera luego  
sin la huéspedía la cuenta.  
ORDOÑO. O yo perderé la vida,  
ó mañana en el asalto,  
de sangre y de vida falto,  
seré del moro homicida.  
En la ciudad y en las puertas,  
dándolas al Cid abiertas,  
su agravio satisfaré,  
verá el moro si le cuesta  
tan barato el robo.  
ALVAR. Vamos,  
que si esta noche ayunamos  
mañana será la fiesta. (Vanse.)

## ESCENA XIV

Salen MARTÍN PELÁEZ.

¿Sancha cautiva, y vivo el que la adora  
¿Cómo pareceré, cielo, en presencia  
del gran Rodrigo y de su gente toda?  
¿Yo sin mi Sancha y él sin su Valencia?  
Cubierto vengo de la sangre mora,  
que sin poder hacerme resistencia  
el claro acero de mis armas mancha.  
Mas ¿qué importa, si vuelvo sin mi Sancha?

CID. Martín, ¡vivo vos! ¿se atreve  
á asaltar el real el moro  
sin que vuestro valor pruebe?  
¿Vos consentís que el tesoro  
y el bastimento se lleve,  
y no le quitáis la presa,  
ni á que os venguéis os provoca?  
Yo sé cuando, en cierta empresa,  
con el bocado en la boca,  
os hice alzar de la mesa  
donde mi gente comía,  
y vos, de aquesto afrentado,  
comprastes desde aquel día  
tan caro cada bocado,  
que un moro el menor valía.  
Desde entonces, bien segura  
pensé yo tener con vos  
mi mesa y vuestra ventura.  
Juntos comimos los dos  
en más de una coyuntura;  
convidado vengo á ser  
vuestro agora: de cenar  
me dad, si os di de comer,  
y si no halláis que me dar,  
el moro os podrá vender  
lo que el descuido le ha dado  
de mis soldados seguros,  
pues mientras mi campo armado  
desmantelaba sus muros,  
mi mesa ha desmantelado.  
Ea, á cenar con vos vengo,  
siendo vuestro Capitán.  
¿Tenéis que darmé?

MARTÍN. Sí tengo;  
en este árbol hay un pan  
con que mi valor mantengo.  
(Saca del tronco de un árbol un pan y una servilleta.)  
Cuando, por ser yo cobarde,  
con la servilleta puesta  
y el pan hicistes alarde  
de lo que la fama cuesta,  
y yo volví, aunque tarde,  
prudentemente avisado  
por vuestro castigo, en él  
faltando el primer bocado,  
puse el pan en el laurel  
que hasta aquí me lo ha guardado.  
Desde entonces, cada día  
que alarma el tambor tocaba,  
si temor en mí sentía,  
el pan del laurel sacaba  
y mirándole decía:  
«Esfuerzo mi valor tome  
á ganar de comer hoy,  
Martín, aunque el miedo os dome  
de ver la espantosa lid,  
porque en la mesa del Cid  
quien no lo gana no come.»  
Y desta suerte el valor  
he adquirido que te di;  
pues podré afirmar, señor,  
que el pan que con vos comí  
le gané con mi sudor.



Con él agora os regalo:  
tomalde, que os aseguro  
que al plato mejor le igualo,  
y si os pareciere duro,  
á buen hambre no hay pan malo.  
Mas diréis, según colijo,  
que si á secas os le dan,  
escaso banquete elijo,  
y que no sólo de pan  
vive el hombre: Dios lo dijo.  
Mas, por que no lo digáis  
tené, el mío Cid, paciencia,  
que si un poco esperáis,  
yo os buscaré en Valencia  
cosa con que lo comáis.

(Vase, desenvainando la espada.)

## ESCENA XVI

El Cid solo.

Martín Peláez, oye, espera;  
el Cid te manda que aguardes.  
¡Ah, buen español ¡pluguiera  
á Dios que destes cobardes  
mil mi ejército tuviera!  
¡Oh, pan sabroso, el mejor  
que ha sustentado mi casa!  
La honra os dió harina en flor,  
con sangre mora os amasa  
y en el horno del valor  
os cuece el atrevimiento.  
Hoy, mis nobles castellanos,  
haceros banquete intento;  
Martín restauró en mis manos  
el robado bastimento.  
A un pan somos convidados  
que es fuerza que bien os sepa;  
venid á comer, soldados,  
porque, aunque á bocado os quepa,  
valen mucho estos bocados.  
Convidados de Martín  
somos; hacelde favor,  
que aunque es pan principio y fin,  
amigos, pan y valor  
no es pan á secas, en fin.  
Y vos, Martín, á quien dan  
renombre inmortal, decid  
que aunque es vuestro Capitán,  
os podéis preciar que el Cid  
ha comido vuestro pan.

## ESCENA XVII

Sale BOTIJA de moro gracioso y SANCHA de cautivo.

BOTIJA. Sancha, si estáis cautivada,  
acá estamos todos.  
SANCHA. Pues  
¿qué traje es éste?  
BOTIJA. ¿Os agrada?  
SANCHA. ¿Eres moro?  
BOTIJA. Por un mes.  
SANCHA. Como mozo de soldada.  
¿Dónde vais de esta manera?  
¿Dónde dejas á Martín?

BOTIJA. El libertaros espera,  
yo vó á ver á mi rocín,  
porque sin él no me muera.  
Mas si de aquestos galgazos  
quiere excusar los pesares,  
libraránle estos dos brazos,  
él tirándolos á pares,  
yo dando á nones porrazos.  
Desde que aprendí á matar  
moros, no les tengo miedo.

SANCHA. ¡Siempre de humor has de estar!

BOTIJA. Sin mi rocín, ¿cómo puedo,  
Sancha mía, sosegar?  
Mas, ¿cómo os va á vos, decid  
después que estáis cautivada?

SANCHA. Trújome el Rey moro así,  
y en fe que de mí se agrada  
se quiere servir de mí.

BOTIJA. Pues ¿sabe que eres mujer?

SANCHA. En reputación estoy  
de hombre.

BOTIJA. ¿Y muestra placer  
en veros?

SANCHA. Dice que soy  
un ángel.

BOTIJA. De Lucifer.  
No tenga después el Papa  
que absolver.

SANCHA. ¡Donoso estás!

BOTIJA. Si mi amo no os escapa,  
echaos una chapa atrás  
y seréis mujer de chapa.

SANCHA. Sólo quiere que de paje  
le sirva.

BOTIJA. Si en vos repara  
y os desconoce en el traje,  
habladle cara con cara,  
que á traición no es buen lenguaje;  
que si Martín desde hoy más  
sabe esto y pasa adelante,  
tendrá celos á un compás  
de Alvar Fáñez por delante  
y del moro por detrás.

SANCHA. Anda, necio, en estos baños  
que están fuera de Valencia,  
aunque á sus muros extraños,  
pueden en cualquier violencia  
asegurarnos de daños.  
El Rey servirle me manda  
y agora á bañarse viene.

BOTIJA. Si Martín en tal demanda  
de aquesto noticia tiene,  
llevará el Rey una tanda...

SANCHA. ¡Buena flemá y necedad  
es la tuya! El Rey es éste.

BOTIJA. Pues, Sancha, disimulad  
quien sois, porque no nos cueste  
triunfo el decir la verdad.

SANCHA. Que te escondas es mejor,  
no sepa el Rey que has entrado  
aquí, que es lugar vedado.

BOTIJA. Aunque ya perdí el temor,  
me quiero esconder por tí,  
y en requebrándote el galgo  
á darle dos cabezas salgo  
de los más lindos que vi.

## ESCENA XVIII

Escóndese BOTIJA y sale ABENAMAR.—SANCHA.

ABENAM. ¡Sancho!

SANCHA. ¡Señor!

ABENAM. ¿Estás solo?

SANCHA. Solo ha rato que te espero.

ABENAM. Solo yo también te quiero

más que á Dafne quiso Apolo.

BOTIJA. ¡Oste puto! que os chamuscan,

moro, si en mi tierra os cogen.

ABENAM. Mis palabras no te enojen

que lo que piensas no buscan.

Yo he sabido con certeza

que eres mujer.

BOTIJA. Por ahí, vaya.

SANCHA. ¡Yo mujer! No habrá quien haya

dicho tal.

ABENAM. Esa belleza

lo está diciendo á voces,

y el alma que es adivina,

en fe que á tu amor se inclina

quiere que mi reino gocés.

De mi esposa tendrás nombre;

mira que por tí estoy loco;

dame...

SANCHA. Señor, poco á poco,

que soy cristiano y soy hombre,

y puesto que estoy cautivo

tengo valor castellano.

ABENAM. El encubrirte es en vano,

y advierte que si recibo

desdén, en pago de amarte

harás que otro medio elija.

BOTIJA. El perrazo se embotija,

y aunque estoy en buena parte

escondido, á pocas veces

que ladre, iré en su socorro,

y haráme que andando al morro

le dé un pan como unas nueces.

ABENAM. Cristiana, dame esos brazos;

mi amor paga aquesta vez.

SANCHA. ¡Vive Dios, si descortés

fueres, que te hago pedazos!

Mal sabes, moro, el valor

que á estimar mi ley me esfuerza.

ABENAM. ¡Cruel, ingrata, por fuerza

has de dar fruto á mi amor! (Vansa.)

BOTIJA. Tras ella voy en su ayuda.

Galguito, si andáis salido

aguardad; mas ¿qué ruido

en miedo mi ánimo muda?

## ESCENA XIX

Sale MARTÍN PELÁEZ.—BOTIJA.

MARTÍN. Subí al muro por la pica,  
que si es honroso el trabajo,  
el más soberbio es más bajo.  
La ciudad se comunica  
con estos baños y huertas,  
que, aunque fuera della están,  
los que aquí vienen y van  
en sus muros tienen puerta.

De noche es ya; podrá ser  
que obligado del calor,  
por resistirle mejor,  
querrá el Rey ahora hacer  
en sus baños asistencia,  
y que mi suerte sea tal  
que, si él ha ganado el real,  
que le gane yo á Valencia.  
Al ejército he avisado  
que, en viendo en los muros fuego,  
á lo alto acuda luego.  
El Cid es mi convidado;  
si por principio de cena  
á Valencia le presento,  
convite le hago opulento.  
Ea, pues, noche serena,  
á costa destes paganos  
dame para él esta presa;  
ve que le dejo en la mesa  
y con el pan en las manos...  
Mas ¿con quién he tropezado?

(Tropieza con Botija.)

¿Quién está aquí?

BOTIJA. Desta vez

me juntan haz con envés

si me hallan en lo vedado.

MARTÍN. ¿Quién es?

BOTIJA. Eso no; ¡mal haya

quien en esto me metió!

MARTÍN. ¿Quién es?

BOTIJA. ¿No ve que soy yo?

MARTÍN. ¿Quién?

BOTIJA. Un moro de Vizcaya

que ando en busca de un rocín.

MARTÍN. Si ser posible pudiera,

que era Botija dijera.

BOTIJA. No dirán son que es Martín

mi amo, en la voz; quizá

á buscar á Sancha vino.

MARTÍN. ¿Quién sois?

BOTIJA. Moro vizcaíno.

MARTÍN. Eso no, que no hay allá

moros; todos son hidalgos.

¿Quién sois?

BOTIJA. Porque no me aflija,

yo soy el moro Botija,

que, andando á caza de galgos,

siendo liebre, represento

agora un mundo al revés.

MARTÍN. ¡Botija!

BOTIJA. ¿Mi Martín es?

MARTÍN. Loco me vuelve el contento.

BOTIJA. Cautivo debes estar.

MARTÍN. ¿Yo cautivo? ¡Malos años!

BOTIJA. Pues ¿quién te trujo á estos baños?

MARTÍN. Mi rocín vengo á buscar

engerto en moro, y á vos

Sancha os debe de traer;

pero si la queréis ver,

daos prisa, pues, par Dios,

que el Rey, sabiendo que es hembra,

por la huerta va tras ella,

que quiere probar si en ella

un par de Martines siembra.

MARTÍN. ¿Qué dices, loco? ¿Está aquí

el Rey moro?

BOTIJA. Requebrando



á Sancha, que renegando de sus amores la vi.  
Huye dél como una gama y si os la agarra, por Dios, que os nazcan de dos en dos y el moro os sople la dama.

MARTÍN. Mi ventura me ha traído á tan dichosa ocasión. Lucés en el muro pon, pues á tal tiempo has venido que en los baños hallarás lumbre con que el Cid acuda y venga á darnos ayuda.

BOTIJA. Pues, tú, señor, ¿dónde vas?

MARTÍN. A dar á Sancha favor, muerte al descuidado Rey, Valencia al Cid y á mi ley y fin dichoso á mi amor. Todo el campo está avisado, y sólo espera del fuego la señal.

BOTIJA. Voy por el fuego, pues tú el temor me has quitado; sólo el rocín me da pena.

MARTÍN. Hoy mi esfuerzo al Cid dará á Valencia, y no dirá que ha tenido mala cena. (Vase.)

## ESCENA XX

Salen Sancha y Abenamar.

ABENAM. ¿De qué te sirve, cruel, á mi firme amor huir, si no te has de convertir como la ninfa en laurel? Escarmienta, ingrata, en él, y la fe con que te adoro estima.

SANCHA. No hay fe en un moro; déjame.

ABENAM. Mal dejará la mesa el que hambriento está, y el que es avaro el tesoro.

SANCHA. Que soy castellano advierte, y que la sangre española que me anima basta sola á librarne, y darte muerte.

ABENAM. Dámela, y sea de suerte que á morir venga á tus brazos.

SANCHA. Será haciéndote pedazos. (Tómala las manos.)

ABENAM. A ser descortés comienzo, por ver si tu rigor venzo, viniendo con él á brazos.

SANCHA. Indignamente eres hombre, pues, sin intentarlo el bruto, por fuerza apetece el fruto de amor.

ABENAM. Eso no te asombre.

SANCHA. ¡Ah Martín Peláez!..

## ESCENA XXI

Sale Martín Peláez. — Dichos.

MARTÍN. Mi nombre escucho.

SANCHA. A estar vos aquí

no me afrentaran así infieles brazos.

MARTÍN. Si estoy, Sancha; vuestro Martín soy.

ABENAM. Pero, ¿quién te metió aquí?

MARTÍN. Soy tu muerte; para ella, moro, no hay puerta cerrada, que va, cobarde, en mi espada que á mi Sancha has de ir por ella.

ABENAM. ¡Mahoma! ¿cómo atropella al Rey de Valencia así solo un hombre?

MARTÍN. Viene en mí todo un mundo de valor.

ABENAM. ¿Eres infierno?

MARTÍN. De amor.

ABENAM. Ayuda, moros aquí.

(Vanse los dos.)

## ESCENA XXII

Sale Botija. — Sancha.

BOTIJA. Con lengua de fuego llama la ocasión á nuestra gente.

SANCHA. ¡Ay Martín Peláez, valiente! Bien pagará quien bien ama. ¿Botija?

BOTIJA. ¿No ves la llama que á nuestro ejército avisa? ¿No escuchas tocar á prisa á rebato?

SANCHA. Sí.

BOTIJA. El Cid viene; ea, que mañana tiene de oír en Valencia misa. (Cajas, y dice el Rey moro dentro.)

ABENAM. Alarma, moros, que el Cid asalta los baños reales.

BOTIJA. Almoneda de almanfales tengo de hacer.

ABENAM. Acudid, y al cristiano resistid, si para él hay resistencia.

BOTIJA. Remuérdeme la conciencia, Sancha; escóndete, que voy á matar dos perros.

SANCHA. Hoy gana Martín á Valencia. (Vase.)

## ESCENA XXIII

Dice dentro Ordoño y Alvar Fáñez sale acuchillándose con dos Moros.

ORDOÑO. ¡Vitorial que los pendones del Cid guarnecen los muros de Valencia, y ya seguros la asaltan sus escuadrones.

TODOS. ¡Vitorial!

ALVAR. Gracias á Dios, deseos, que estáis cumplidos.

MORO 1.º Muertos, sí; mas no vencidos nos has de ver á los dos.

ALVAR. ¿Sabéis quién soy?

MORO 2.º Bien sabemos que eres Alvar Fáñez.

ALVAR. Pues ¿cómo no ponéis mis pies en vuestros cuellos, blasfemos?

MORO 1.º Porque vivir sin Valencia es vivir vida afrentada.

ALVAR. Quebrádozeme ha la espada.

MORO 2.º Morirás sin resistencia. En ti podemos vengar parte del mal que recibe del Cid nuestra nación.

ALVAR. Vive en mí, valor singular que más que la espada vale, y cuando muera, al fin muero vencedor.

## ESCENA XXIV

Sale Martín. — Dichos.

MARTÍN. Ea, Cid, hoy quiero darte un convite que iguale al precio desta ciudad. Mas ¿qué es lo que miro, cielos? ¿No es la causa de mis celos con quien tengo enemistad éste que está sin espada y muerte dos moros dan? Hoy mis agravios verán que la nobleza heredada se sabe vengar aquí. Ea, Alvar Fáñez, á ellos; ya huyen, para vengellos amigo tenéis en mí, (Huyen los Moros.)

y mientras se aposeiona de Valencia el Cid, hagamos, pues solos y á tiempo estamos, nuestro desafío.

ALVAR. Perdona, que con quien me dió la vida yo no he de tener pendencia.

MARTÍN. El Cid ha entrado en Valencia y el moro va de vencida. La respuesta es excusada, haz la batalla conmigo, pues aquel moro enemigo, se ha dejado aquí la espada.

ALVAR. Martín, cuando yo quisiera á tu Sancha con exceso, pues la vida, te confieso, que me has dado, te la diera. Yo no he de reñir contigo, matarme puedes si quieres.

MARTÍN. Cortesano, Alvaro, eres; desde hoy quiero ser tu amigo.

Mas, oye que la presencia del Cid nos sale á alegrar. Entra, Martín, á triunfar pues le has ganado á Valencia.

## ESCENA XXV

Salen el Cid y Payo Peláez con acompañamiento.

CID. Martín Peláez, bien cumplís vuestra palabra y promesa; ya podéis alzar el pan, pues me habéis dado tal cena. Venturosa cobardía para todos fué la vuestra; pero el sol que sale tarde mejor alumbra y más quema. Dadme vuestros brazos.

MARTÍN. Señor, en otro plato quisiera daros por postre á Granada como por ante á Valencia.

CID. Como vos, Martín Peláez, viváis, que me veré en ella por dueño. Hablá á vuestro padre.

MARTÍN. Vengáis, señor, norabuena; dadme á besar vuestros pies, que es lo que mi alma desea.

## ESCENA XXVI

Salen Botija y Sancha, ya en hábito de mujer.

BOTIJA. Danos á besar tus pies: Sancha, tu dama, es aquesta que, temerosa de haber dado causa á tu celera... La historia sé, y con licencia de mi buen Payo Peláez, Sancha vuestra esposa sea. Yo la doto en una villa y en un barrio de Valencia.

PAYO. Yo de padre le doy brazos.

MARTÍN. Yo el alma que vive en ella.

SANCHA. Yo os beso, señor, las manos, y me alegro de ser vuestra.

BOTIJA. Yo pido que me den algo.

MARTÍN. Yo enriqueceré tu hacienda; vamos, y os veré tomar posesión.

CID. Valencia es vuestra.

MARTÍN. No, sino vuestra, Rodrigo, que la ganáis y desea ser hoy Valencia del Cid.

CID. Y este nombre es bien que tenga; llamaráse de esa suerte.

MARTÍN. Y tendremos suerte buena si esta historia os satisface, perdonando faltas nuestras.